

LA DIPLOMACIA CULTURAL EN IBEROAMÉRICA. LOS TRAZOS DE UNA AGENDA.

Secretaría General Iberoamericana (SEGIB)

2012.

INTRODUCCIÓN

Probablemente no ha existido un esfuerzo tan consistente y continuado en la reflexión sobre la Diplomacia Cultural Iberoamericana en años recientes, como el que ha realizado la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB), con el apoyo de la OEI, la AECID y entidades como el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, la UNESCO y CONACULTA de México, además de las Cancillerías y Ministerios de Cultura de la región.

La diplomacia cultural se hace mucho más que se piensa. Existen, es verdad, importantes iniciativas de investigación sobre la diplomacia cultural, aunque aún son pocas y están relativamente aisladas. Sin embargo, los cambios intensos que están viviendo tanto el pensamiento como las prácticas culturales, están redefiniendo el sentido de la diplomacia cultural en el mundo. Esta redefinición es aún mas profunda si se analizan –como se hará a continuación- los nuevos papeles y exigencias para la cultura en un contexto internacional cambiante. En dicho contexto, la cultura además es una de las protagonistas. No se podría hablar de globalización sin la mundialización de la cultura, ni de nuevas economías sin los avances de las industrias culturales, ni de ciudadanías y derechos humanos sin el perfil de los derechos culturales. Algunos de los grandes problemas mundiales tienen sus raíces en fenómenos culturales y las diásporas de los empobrecidos hacia las sociedades ricas configuran un portentoso flujo cultural.

La diplomacia cultural, que tradicionalmente ha estado centrada en la acción de los Estados, observa que hay nuevos actores en la escena que se ocupan de las relaciones culturales entre países, bloques e inclusive continentes, como las redes de creadores e investigadores, los grandes mercados culturales, las corporaciones y empresas productoras de bienes culturales, las fundaciones, universidades, centros de pensamiento y organizaciones de la sociedad civil. Todo ello está produciendo una gran conmoción en la diplomacia cultural, enfrentada a nuevos retos, exigencias y posibilidades.

La Secretaría General Iberoamericana ha asumido la tarea de generar espacios para la reflexión sobre lo que está ocurriendo en la diplomacia cultural de Iberoamérica y sobre todo, ha considerado fundamental empezar a construir una agenda de retos y compromisos que seguramente podrán ser afrontados por varias instituciones de la región o por una alianza entre ellas. Los propios organismos iberoamericanos de la cultura tienen un campo indudable de acción.

La metodología que se adoptó para este recorrido liderado por la SEGIB fue la de organizar varios encuentros, como se explicará a continuación. El espectro de los participantes fue diverso y en algunos casos se trató de un primer ejercicio en años, de encuentro y de intercambio de reflexiones, realidades y experiencias. Existen cuatro relatorías entre las que se contempla también la del encuentro que organizaron el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia y la oficina regional de la UNESCO en el 2007, con los encargados de cultura de las Cancillerías de los países andinos, Chile y México, dos actas aprobadas por los representantes de las unidades de Cultura de las Cancillerías iberoamericanas en Cartagena de Indias y los representantes de las oficinas de relaciones internacionales de los Ministerios de Cultura de la región en la Ciudad de México. Todo este material conforma un corpus de enorme valor, que no es una conclusión sino un camino. De ese camino, de sus grandes tendencias, preocupaciones y propuestas, deja testimonio este documento.

LOS TRAZOS DEL CAMINO

En el párrafo 21 del Programa de Acción que acompaña a la Declaración de Jefes de Estado y de Gobierno de la Cumbre Iberoamericana de Mar de Plata (2010), se señala como unas de sus orientaciones la de "Encomendar a la SEGIB que apoye la realización del Primer Encuentro Iberoamericano de Diplomacia Cultural que tendrá lugar en Cartagena de Indias, Colombia, en marzo de 2011 para mejorar la comprensión de las diversas realidades de nuestros países".

Desde hace algún tiempo, entidades nacionales e internacionales, han promovido actividades para proponer estrategias que coadyuven a mejorar los esfuerzos que diversas instituciones realizan en el campo de la diplomacia cultural en Iberoamérica. La Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno celebrada en Montevideo en 2006, aprobó la Carta Cultural Iberoamericana que se inscribe dentro de las propuestas de la Convención sobre la Diversidad de la UNESCO y es expresión de la diplomacia cultural.

En Septiembre de 2007, se realizó el Encuentro Andino sobre Diplomacia cultural promovido por la Cancillería colombiana y la UNESCO, con la participación de representantes de los Ministerios de Relaciones Exteriores de Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú, Venezuela, México y Chile.¹ El Encuentro permitió un acercamiento al concepto de diplomacia cultural tal como se está pensando en el debate internacional, el conocimiento de las propuestas de diplomacia cultural en España, Francia y la UNESCO y sobre todo, la exploración de la situación de la Diplomacia Cultural en siete países de América Latina, en temas como la ubicación de la Dirección (oficina o instancia) de asuntos culturales dentro de los Ministerios de Relaciones Exteriores, su estructura interna y funciones, la relación de la diplomacia cultural con la política exterior de los países, los planes de promoción de los países en el exterior, sus principales líneas de acción, la coordinación de la Cancillería con otras instituciones públicas y privadas, el presupuesto anual que se le dedica a la cultura en su gestión internacional desde los Ministerios de Relaciones Exteriores, los principales desafíos en este campo y las relaciones de cooperación cultural dentro de las propuestas de diplomacia cultural de los países.

En octubre de 2009, la SEGIB con el apoyo de la AECID Y LA OEI, organizó en Madrid el Seminario Iberoamericano “Políticas, gestión y diplomacia cultural” con invitados de Ministerios de Cultura, Secretarías municipales de cultura, Centros Culturales, diplomáticos, gestores culturales, académicos y expertos, que se centró en la relación entre diplomacia cultural y políticas culturales, así como entre diplomacia cultural y gestión cultural. También avanzó en una caracterización del enfoque de diplomacia cultural en el contexto iberoamericano.²

El Encuentro de Cartagena de Indias, convocado por la Cancillería de Colombia y la SEGIB con el apoyo de la AECID y la OEI en marzo de 2011, reunió a responsables de cultura de las Cancillerías de los países iberoamericanos, para reflexionar sobre las diversas propuestas de diplomacia cultural, las relaciones de las Cancillerías con los Ministerios de Cultura, los distintos modelos y enfoques de la diplomacia cultural, el significado contemporáneo de la cooperación cultural Norte-Sur como Sur-Sur y los aportes de los organismos multilaterales de cultura.

¹ Encuentro andino sobre diplomacia cultural, Bogotá: Oficina para la UNESCO para Bolivia, Colombia, Ecuador y Venezuela en representación ante el gobierno de Ecuador, Septiembre de 2007.

² Germán Rey “Políticas, gestión y diplomacia cultural”, SEGIB, Madrid, 2009.

El Encuentro de Ciudad de México promovido por CONACULTA y la SEGIB en mayo de 2012, con la participación de representantes de las oficinas de relaciones internacionales de los Ministerios, Secretaría, Consejos o Institutos de Cultura exploró su presencia internacional, sus relaciones con las Cancillerías y su articulación con la política exterior de los países, además del significado de las políticas culturales internacionales gestionadas por los Ministerios y sus vinculaciones con las regiones, las ciudades, los creadores y las experiencias culturales nacionales y locales.

La importancia de la cultura en Iberoamérica y su presencia en la escena internacional.

En Iberoamérica las culturas tienen un enorme dinamismo. Ya sea en sus ciudades o en los lugares más alejados de su geografía, hay grupos humanos que crean y generan significados a través de diversas expresiones culturales. Si hay una dimensión de la vida social de permanente riqueza y diversidad es el mundo de la cultura, que se manifiesta en el patrimonio y las artes, en los modos de vida, lenguas, fiestas, como también en el diseño, las músicas, la gastronomía, la creación audiovisual o su arquitectura.

La cultura ha ido ingresando de manera formal en las reformas de los Estados y en la producción económica, pero también en las transformaciones de la educación, las comunicaciones, las tecnologías y las relaciones internacionales de los países. La arquitectura institucional de la cultura ha tenido diversas formas, desde su participación en los Ministerios de Educación hasta los Institutos de Cultura, los Consejos de la Cultura y las Artes y los Ministerios de Cultura. Todas estas formas de organización persisten aún ahora, pero es un hecho que la cultura ha adoptado en estos años una manera de funcionar mucho más consistente, ordenada y articulada con otras áreas de la gestión pública. Poco a poco se fue creando un marco jurídico que no sólo le dio forma a estas arquitecturas institucionales, sino que normatizó el papel de los estados, señaló prioridades, creó instancias y generó modos de proceder. Este marco jurídico ha ido cambiando, adaptándose a las transformaciones discursivas sobre la cultura, a las demandas de los grupos que han ido poblando el llamado sector cultural, a los nuevos lugares que ha ocupado la cultura en la vida de los ciudadanos y las ciudadanas, al reconocimiento de expresiones de la cultura que permanecían invisibles socialmente o a la aparición de nuevas manifestaciones culturales.

En efecto, la cultura ha ido encontrando nuevos campos de expresión, como las industrias culturales y en general, sus relaciones con la economía y el desarrollo, las nuevas tecnologías y los medios de comunicación y ha ido construyendo nuevas relaciones con la educación, la seguridad, el medio ambiente o el escenario internacional. Sin embargo, las leyes y las políticas públicas que se han generado en estos años en el campo de la cultura, han sido básicamente leyes sectoriales, que además obedecen estricta y limitadamente a su conformación institucional, en muchos casos desfasada frente a las nuevas realidades culturales. Se tendrán que hacer grandes esfuerzos para su renovación y para lograr que representen las interacciones e integraciones que se están dando entre las diversas áreas de la cultura y sobre todo los cambios que están variando el rostro del paisaje cultural iberoamericano.

Enfrentadas a un cambio de época, las políticas culturales están transformándose. El concepto de política pública ha evolucionado conceptual y operativamente desde que se inició el debate sobre las políticas culturales en la segunda mitad del siglo pasado en la UNESCO. Han perdido el mayor peso que residía en el Estado, han ablandado las fronteras rígidas que las circunscribieron a una arquitectura institucional de carácter sectorial y han sido rebasadas por actores que acrecentaron la importancia de su presencia en la sociedad, como la comunidad internacional y los conglomerados empresariales. También se identifican más con percepciones y lugares globales, transnacionales y se han deslocalizado de los arraigos más firmes en que estaban ancladas en el pasado. Es cierto que las políticas se han convertido en guías de la gestión pública, sobre todo en Estados, pero también en regiones y ciudades, que aún mantienen su continuidad frente al rol protagónico de los gobiernos, que en algunos temas apenas tienen espacio de maniobra y que convierten en muy similares las propuestas de partidos, ideológicamente diferentes. El desplazamiento de los lugares de decisión de las políticas pone en vilo la capacidad real de negociación de los estados nacionales frente a los procesos y los ámbitos globales, sobre todo de decisión económica: algunas de las políticas culturales más importantes se juegan hoy en los tratados de libre comercio, que más que acuerdos arancelarios son determinaciones disciplinares de hondo calado. La negociación de las cuotas de pantalla, los sistemas de subsidio para la creación y los creadores, las definiciones de los derechos de autor o las prerrogativas de los responsables de servicios de internet, tienen un impacto inmediato sobre el funcionamiento de los medios y en general el acceso de los ciudadanos a los bienes culturales.

“Entendemos por políticas culturales –escribió Néstor García Canclini en su Diccionario herético de los estudios culturales, en 1987- el conjunto de intervenciones realizadas por el Estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados a fin de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población y obtener consenso para un tipo de orden o transformación social”. Tres años después, en el 2000, José Texeira Coelho señaló que “La política cultural constituye una ciencia de la organización de las estructuras culturales y generalmente es entendida como un programa de intervenciones realizadas por el Estado, instituciones civiles, entidades privadas o grupos comunitarios con el objetivo de satisfacer las necesidades culturales de la población y promover el desarrollo de sus representaciones simbólicas”. En general, las distintas definiciones de política cultural giran alrededor de algunos aspectos fundamentales: son intervenciones(movilizaciones), realizadas por el Estado, las regiones o las ciudades, las instituciones civiles, entidades privadas y grupos comunitarios, a través de acuerdos y consensos, que buscan satisfacer los requerimientos culturales de la población, con el fin de promover el desarrollo simbólico (el desarrollo de sus representaciones simbólicas)/ con propósitos de transformación estética, política, organizacional, económica y social. Una de las más recientes definiciones, la del Plan Decenal de cultura de Medellín (2010-2020), resume de manera actualizada estas características así: “La política cultural puede entenderse como orientaciones para la acción que se originan en la movilización de todos los actores de la sociedad. Su realización compromete a todos: al estado, a las instituciones civiles, a los grupos sociales y comunitarios, a la empresa privada y al ciudadano, a partir de un consenso establecido sobre el orden que se debe obtener y el desarrollo de aspectos que se quieren transformar o continuar, a partir de la satisfacción de ciertas necesidades y demandas, y la promoción del desarrollo de las pertenencias simbólicas”.

Un elemento fundamental de los cambios culturales en Iberoamérica ha sido también su propia construcción discursiva sobre la cultura y la influencia que este corpus conceptual ha tenido en la definición de políticas culturales y en general en la vida cultural de la región. De manera consistente se ha participado en las diferentes reuniones internacionales de cultura, algunas de ellas realizadas inclusive en su territorio, teniendo su propia palabra frente a las Convenciones, Declaraciones, Planes de Acción y demás documentos internacionales que especialmente desde el siglo pasado ha formado el amplio bagaje de la reflexión y las disposiciones culturales mundiales. Así la visión de la cultura está enriquecida por asuntos centrales como la diversidad cultural, la interculturalidad, las identidades (es decir, el quiénes somos), las políticas culturales, los derechos culturales, la transversalidad de la cultura, que forman parte no solamente de un nuevo diccionario, sino sobre todo de los debates y las acciones en el campo de la cultura iberoamericana.

Si el contexto de las relaciones internacionales ha cambiado radicalmente en las últimas décadas, la presencia de la cultura en ellas también ha experimentado una transformación muy profunda. Al mismo tiempo que se transforma el concepto y las prácticas de la cultura, ésta cobra gran relevancia en asuntos que son fundamentales en el entorno de las relaciones internacionales, como son los fenómenos de la globalización, los flujos migratorios, la fuerza de las culturas juveniles, la digitalización de la sociedad, la afirmación de los derechos culturales como derechos humanos fundamentales, las formas de vida multiculturales, la creciente importancia de las minorías y el incremento de la influencia de las nuevas tecnologías en la vida social y cultural de los ciudadanos. Una buena parte de la presencia internacional se ha concentrado en las artes, el patrimonio y la difusión cultural. Sin embargo han ido apareciendo otros campos como la economía de la cultura, el turismo, el patrimonio intangible, las relaciones entre cultura y desarrollo o entre cultura e innovación, las nuevas tecnologías y la memoria.

No sería posible, por ejemplo, hablar de globalización sin mundialización de la cultura, ni de nuevas formas de los intercambios sin referirlas de inmediato al desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Las músicas globales se escuchan en los lugares más disímiles del planeta, así como las películas de los circuitos comerciales transnacionales se ven en las salas de cine de todo el mundo; pero también el flujo de las comunicaciones que forma la gran telaraña mundial es posible por internet, las redes sociales y las innovaciones digitales. Pero junto a estas realidades que años atrás parecerían de la ficción, están las inmensas diásporas de empobrecidos que buscan mejores oportunidades en las sociedades ricas y que transforman su precariedad en una oportunidad de afirmación y mezcla culturaña, de interacción entre las culturas de origen y las culturas de recepción. No son solamente flujos de la economía, sino portentosos flujos culturales y simbólicos. Una parte de los conflictos internacionales tienen hoy raíces y motivos culturales, sean religiosos, étnicos o territoriales, y son conflictos que no solamente están presentes en las guerras que asolan el planeta, sino también en el entorno de problemas globales como el narcotráfico o la exageración del consumo. Un aspecto muy importante en la transformación internacional de la cultura es el surgimiento de nuevos actores culturales, cuyas creaciones, gustos y preferencias simbólicas conforman redes internacionales de expresión e intercambio que generan identificaciones, elementos de cohesión y verdaderos movimientos sociales. Los jóvenes son uno de los más importantes. Las redes sociales o canales como Youtube, son manifestaciones de estos intercambios internacionales que se producen a través de la música y el video.

La internacionalización de la cultura ha sido posible por una modificación del sentido de lo internacional que universalizó los derechos fundamentales y dentro de ellos, los culturales, hizo de algunos asuntos culturales como la diversidad, las relaciones entre cultura y desarrollo o las libertades culturales, temas de la agenda mundial y prestó atención a los nuevos conflictos, en algunos casos claramente vinculados con cuestiones étnicas, territoriales o religiosas. Junto a la red internacionalizada de la producción cultural, generada a través de empresas y grandes conglomerados transnacionales, se ha producido en las sociedades contemporáneas, desde las más ricas hasta las más pobres, un fenómeno creciente de mediatización de la cultura, que se entiende como la hegemonía simbólica que tienen los medios de comunicación y en general los productos de las industrias creativas en los usos, las apropiaciones y los consumos culturales de la gran mayoría de la gente. Las posibilidades de movilidad e intercambio de obras y creadores han generado un interés cada vez mayor por las repercusiones de la cultura en las relaciones internacionales y se ha acrecentado la importancia internacional de las redes de creadores, investigadores e instituciones culturales.

El papel de organismos internacionales como las Naciones Unidas, la OMC, la OMPI, entre otros, ha sido clave en esta mundialización de la cultura. Muchas han sido las transformaciones que se han dado en el pensamiento de organizaciones como la ONU, o en organismos como el Banco Mundial o el BID. De una mirada que temía a las culturas y las consideraba verdaderos obstáculos del desarrollo (las culturas como factor de atraso, atavismos o comportamientos premodernos), se ha ido transitando a una mirada que valora la libertad cultural como prioritaria para promover procesos de desarrollo, arraigados y sostenibles. La gestión de la ciudad, el diseño de proyectos de desarrollo local, los movimientos de participación social, las experiencias de formación de ciudadanías, tienen a la cultura como uno de sus ejes. En América Latina existen precedentes en este sentido como el Informe sobre Desarrollo Humano de Chile (2002) y en Europa se destaca la definición de un área de cultura y desarrollo dentro del diseño y la planeación de la Cooperación Española.

Aunque no hubo un objetivo propiamente cultural dentro de los objetivos del milenio, la cultura es una de sus dimensiones transversales, tal como ha sido aceptado más recientemente por el propio organismo internacional. Muchos de ellos se desarrollan en contextos culturales específicos, tienen que ver con prácticas no solo económicas, de salud o de nutrición, sino con prácticas culturales, está determinado el avance de su cumplimiento por valores, creencias, comprensiones densamente culturales, son movilizados por agencias de socialización de importancia cultural como las mujeres, la familia, la escuela, las instituciones de salud, etc.

La nutrición, por ejemplo, tiene raíces culturales profundas. Comer es parte de unas pautas interiorizadas socialmente, que están atravesadas por creencias, por concepciones del cuerpo, de la salud o de la enfermedad, por simbólicas que le asignan significados especiales a las prácticas alimenticias. Por otra parte, los procesos, programas y acciones para el cumplimiento de estos objetivos tienen que ver con dimensiones culturales, como su persistencia en el tiempo y su consolidación.

La cultura está cada vez más presente en las relaciones internacionales de los países, ya que es una de las dimensiones de la vida social que genera mayor identidad, reconocimiento e intercambio y que puede contribuir a la disminución de la inequidad en nuestras sociedades. La valoración de los conocimientos y la sabiduría, así como de los modos de vida, lenguas, formas de comunicación y expresiones simbólicas de las culturas ancestrales de los pueblos indígenas originarios, es fundamental.

La diplomacia cultural iberoamericana busca que la cultura contribuya a un mejor entendimiento entre los países de Iberoamérica y el mundo, al diálogo, la tolerancia, el respeto y el mejor conocimiento mutuo, participe creativamente en la opinión pública e intente influenciar en los imaginarios que se tienen sobre nuestras sociedades en el contexto internacional.

La cultura como parte de la política exterior de los países³

Tradicionalmente ha existido una visión de la cultura como parte accesoria y débil de la política exterior de los países. Ha habido, además, un fuerte sesgo de la política cultural internacional como presentación e intercambio de productos artísticos, escritores y en general creadores de la alta cultura y manifestaciones patrimoniales, especialmente materiales. Todavía existe una asimilación de la cultura a las artes y lo patrimonial y un perfil de la diplomacia cultural muy marcado por la exhibición y circulación de esta clase de manifestaciones culturales y artísticas. El énfasis en los eventos y lo coyuntural marcan mucho a la diplomacia cultural de la región, según se observa en las relatorías de los encuentros. Pero también el significado de la cultura como instrumento de las relaciones internacionales varía desde funciones de imagen, hasta de presencia ideológica o marca país.

³ En esta parte del Documento utilizo mi Relatoría del Encuentro de Madrid retomada después en “Signos y transformaciones de la diplomacia cultural. La cultura en el escenario internacional”, texto publicado en el libro de Carlos Moneta “La cooperación cultural para el desarrollo en el ámbito multilateral”, AECID, Madrid, 2011, y que escribí a partir de las experiencias como asesor y relator de los encuentros de Diplomacia Cultural promovidos por la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB) realizadas hasta ese momento. En algunas de sus partes he hecho cambios para precisar, ampliar, ejemplificar o acoger reflexiones que aparecieron posteriormente en los otros dos Encuentros internacionales.

Las tres funciones responden a enfoques muy diferentes del papel que debería tener la diplomacia cultural. La primera supone que la cultura es el lado agradable y aceptado de los países y que es una puerta abierta hacia otros temas mucho más duros y difíciles: gobiernos criticables, conflictos internos en desarrollo, vulneración de derechos humanos de grupos o ciudadanos, sistemas económicos injustos, etc. De esta manera, la diplomacia cultural se convierte en un asunto de "buena imagen", que fácilmente concluye en cosmética, en circulación de determinadas manifestaciones culturales y no de otras y en distorsión de los problemas que realmente están sucediendo en los respectivos países. La segunda, asume a la cultura como una fuerte arma ideológica que facilita la exposición de discursos y de argumentaciones políticas con las que se identifican determinados gobiernos y la tercera, es una visión del país y de su cultura como una marca, de decir, como una señal de identidad que permita su comercialización y la ubicación estratégica del país en el contexto internacional. El tema de la "marca país" ha sido criticado en los Encuentros por su exagerado énfasis en el marketing y lo comercial pero también por su carácter reductivo y la pobre interpretación de la identidad de los países. Su gestión suele depender de otras agencias de los estados y particularmente de las de comercio exterior. En el Encuentro de Ciudad de México se lee que "La marca país fue un tema que de inmediato apareció en la conversación, así como también lo fue la acepción de "poder suave" que suele utilizarse para calificar la diplomacia cultural. En cuando a la marca país se criticó su sesgo instrumental, reductor y fundamentalmente comercial y se contrastó con un concepto de diplomacia cultural inclusiva, pluralista y diversa. En cuanto al concepto de poder suave se definió como "un traje a la medida de los Estados Unidos" que se tomó sin saber sus reales implicaciones. España señaló que la marca país pretende extender de manera clara el esfuerzo integrado del Estado con la inclusión de la sociedad, por ejemplo, del sector privado. Se trataría de una proyección integral de la cultura. Se propone entonces, debatir el concepto de "constructivismo cosmopolita" que se basa en las ideas de cooperación, amistad y lazos de interacción, frente al enfoque de marketing que precede a la marca país".

Pero hay otras dimensiones que emergen: el interés por la circulación de expresiones de la cultura popular, la profesionalización de la representación cultural de los países, el acompañamiento cultural de otros procesos más densos de la política exterior de los países, la definición de políticas culturales internacionales, la armonización entre política exterior y política cultural internacional y la institucionalización de la diplomacia cultural de los países.

Actores y circuitos de la política cultural internacional:

Tradicionalmente, la política cultural internacional ha sido gestionada por las Cancillerías, las embajadas y las agregadurías culturales. Sin embargo, han aparecido otros actores, a veces más activos y presentes de la política cultural internacional, como las ong's, los investigadores, las redes, los centros culturales, las ciudades, las regiones, las organizaciones de creadores, las empresas de la creación, las universidades y centros de pensamiento, la web. Esta descentralización se produce por la propia diversificación del campo cultural, por las intersecciones de la cultura con otras áreas de la sociedad y por el surgimiento de nuevos actores con una gran capacidad de tramitar sus producciones e intereses en el ámbito internacional. En los encuentros surgieron por lo menos dos vertientes analíticas en este aspecto: una primera, que dibujó de otra manera el papel de los diplomáticos y especialmente de los consejeros culturales y la segunda que resaltó la complejidad que han adquirido las relaciones culturales internacionales. En cuanto a la primera se insistió en el perfil, en la capacidad de realización y en la formación y competencias necesarias para un consejero cultural en la diplomacia contemporánea. En el Encuentro de Ciudad de México, se lee que "Una cuarta constatación se dirigió hacia el debate sobre la forma concreta de representación diplomática de la cultura en el exterior y particularmente hacia el papel, estatus, perfil, competencias y funciones de los consejeros o agregados culturales. Como lo señaló Edgardo Bermejo, la diplomacia cultural de México estuvo representada durante una época por artistas y creadores, como por ejemplo, Octavio Paz, quien además recorrió la carrera diplomática en sus diferentes niveles. Pero hoy, "el estilo de Rubén Darío no cabe". Es fundamental, por una parte, repensar cual es el significado de los agregados culturales y cuál es su papel, que probablemente se acerca hoy más al de un gestor cultural profesional. En China, por ejemplo, hay un servicio cultural profesionalizado, mientras que en Francia, la presencia cultural se está especializando, por ejemplo, a través de los agregados audiovisuales, que enfatizan un campo destacado de la acción cultural. Es necesario redefinir el nuevo rol de los agregados culturales, de cara a las transformaciones que ha vivido la cultura y la diplomacia cultural en años recientes, así como estudiar otras formas de intervención innovadoras y realistas, que sean acordes con las prioridades y las posibilidades de la política exterior de los países iberoamericanos. Mientras unos países tienen un número importante de consejeros culturales en sus embajadas en el exterior, otros tienen muy pocos o inclusive han desplazado las funciones culturales a agregados comerciales o de otro tipo. Es necesario explorar el tema, como lo señaló Hugo Achúgar, porque por ejemplo, podrían existir espacios regionales de representación cultural en algunos países (una casa iberoamericana de la cultura). Lo cierto es que los roles y las funciones de la representación diplomática cultural están cambiando y no existe una única receta".

La segunda vertiente analítica, insiste en que los circuitos de las relaciones culturales internacionales ya no son solamente diplomáticos, sino empresariales, sociales, políticos y científicos. Circuitos, por ejemplo, locales, se insertan muy activamente en la escena internacional. Ciudades como Barcelona o Medellín, pero también centros culturales o redes de creadores llevan a cabo un papel internacional muy activo y reconocido. Los circuitos del conocimiento, de las visualidades, de las tecnologías, de la innovación, son muy importantes. Como lo afirma Alfons Martinell, “no existen organismos únicos y centralizados responsables de la política cultural exterior, sino concurrencia de instituciones, agencias y organizaciones, tanto gubernamentales como no gubernamentales con misiones distintas y estructuras jurídico-administrativas diferentes que asumen funciones especializadas dentro del conjunto”. Como él señala, hay un creciente protagonismo e interdependencia entre la diplomacia pública y la diplomacia cultural como herramienta de la política exterior de los Estados y una relación de la política cultural exterior con los grandes retos de la agenda internacional y con las finalidades más amplias de la agenda exterior de los Estados.

Existen obviamente diferencias en esta concurrencia de propósitos, instrumentos, áreas de acción y capacidad de influencia. Los Estados mantienen una cierta unidad reflejada en las políticas y sobre todo en la representación oficial de los países, la posibilidad de diálogo con el nivel institucional de los otros Estados y el dominio de la negociación en aquellos asuntos que son del interés general de las sociedades. Por ejemplo, en los tratados de libre comercio, una de las instancias más importantes para el desarrollo de la política cultural internacional y la diplomacia cultural, los Estados ejercen su hegemonía como directores de la negociación, llevan a cabo la convocatoria de los diferentes actores que están involucrados en ella, sopesan lo que se gana y se pierde, toman las decisiones finales y asumen la responsabilidad política ante los ciudadanos. Algo similar ocurre con la participación de los Estados en los organismos internacionales, donde se toman decisiones importantes sobre el desarrollo cultural de los países. Sin embargo es importante observar la capacidad de influencia que tienen instancias internacionales para las definiciones de la política cultural internacional de los países, sean éstas culturales o claramente comerciales. “Los tratados de libre comercio ocupan también un lugar en estas variaciones, al considerar a la cultura como una parte más de la negociación y al dejar en un lugar secundario el tema de los aranceles, para insistir en las adecuaciones disciplinares y normativas de temas como la propiedad intelectual, las cuotas de pantalla, los subsidios para la creación o los derechos de autor. Es evidente que las contrapartes más fuertes de estos tratados están fijándose en los dinamismos futuros del mercado, más que en las urgencias del día a día, que ahogan a las contrapartes débiles.

Y esos dinamismos futuros están asociados, según se constata en los rumbos de las negociaciones mas recientes, en las determinaciones sobre el mundo digital y la propiedad intelectual”.⁴

Pero hay otros rangos de la acción de la diplomacia cultural en que los Estados han perdido posibilidades reales de intervención y las han ganado otros actores, que aunque precisan de los Estados, no obran necesaria y completamente de acuerdo con su hegemonía. Un ejemplo podría ser el de las innovaciones tecnológicas, los medios de comunicación y las industrias culturales. La innovación tecnológica promovida por grandes compañías internacionales es fundamental para la producción, circulación y apropiación de los bienes simbólicos en las sociedades contemporáneas. Los estados intervienen internamente definiendo límites, concediendo franquicias o controlando sus acciones y externamente participando en los debates y acuerdos internacionales. Pero la tendencia mundial ha sido, desde hace años, la desregulación por parte de los estados de aquellas innovaciones que proceden aceleradamente y han creado mercados potentes y la generación de una movilidad empresarial, que en una de sus obras Zygmunt Bauman confirmó como una de las características de la globalización. Esto hace que las empresas tecnológicas hayan derivado en empresas de contenidos. En efecto, las compañías de telefonía móvil ofrecen servicios de banda ancha, internet y televisión.

Las industrias culturales tramitan una parte muy importante de la oferta cultural a la que tiene acceso la mayoría de los ciudadanos. Sólo que sus contenidos son una combinación de intereses productivos, mercadotecnia, gustos y tendencias de la creación.

Los matices de la diplomacia cultural

La diplomacia cultural está relacionada con Estados que se redefinen y escenarios internacionales que se rediseñan. Ella se expresa en diferentes ámbitos: sin duda, en la creciente importancia que se le concede a la definición de políticas culturales internacionales, así como a la relevancia que ha tomado la gestión cultural internacional.

⁴ Germán Rey, Las industrias creativas en Iberoamérica. Políticas, marcos legales y realidades emergentes”, Seminario de Economía y Cultura, Madrid: Secretaría General Iberoamericana, 1 y 2 de Julio, 2012,

Hay así, una interacción muy activa entre políticas, gestión y diplomacia cultural. Las políticas son los grandes lineamientos construidos concertadamente por el Estado y la sociedad en los diversos campos de la cultura, la gestión cultural es la concreción y desarrollo de las políticas culturales y la diplomacia cultural, es la representación, circulación e intercambio cultural de los países en el ámbito internacional. Mientras que las políticas tienden a diversificarse, la gestión cultural se ha tornado más compleja y tiene exigencias nuevas. Es heterogénea pues ocurre en lo público y lo privado, en lo local, lo regional o lo internacional, y muy frecuentemente en "espacios-umbrales", es decir, fronterizos. La gestión de las artes, converge con las lógicas productivas y la experimentación, la comunicación con las tecnologías y la innovación, la memoria con la planificación urbana y el turismo.

Dentro del listado de políticas públicas nacionales ha aparecido el interés por determinar el papel de la cultura en la política exterior de los países, que además empieza a apartarse de las comprensiones tradicionales que la concedían un papel básicamente decorativo y complementario y que enfatizaban en la exhibición y circulación de las artes canónicas o de las manifestaciones patrimoniales. Este surgimiento diplomático de la cultura se debe a la necesidad de mostrarse de otro modo en la escena internacional, que se ha convertido en un lugar nada alejado, sino por el contrario atento y en ocasiones muy crítico, de los problemas internos de los países particularmente de aquellos temas que convocan el interés internacional como la fragilidad de las democracias, la situación de los derechos humanos, la seguridad política, social y jurídica para las inversiones económicas, las realidades medioambientales o la situación de las minorías. Pero la explicación del surgimiento de la diplomacia cultural tiene otra cara: contribuye a la necesidad de posicionarse internacionalmente para atraer la inversión, orientar los flujos de turismo o fortalecer el reconocimiento por parte de la comunidad internacional.

Estas políticas culturales internacionales están encontrando unos campos muy interesantes de acción: unen la política cultural con la gestión cultural internacional que es mucho más que la consecución de recursos económicos y que se refiere a las capacidades institucionales para concertar, encontrar sinergias, emprender proyectos comunes a partir de acuerdos, intercambiar conocimientos y aprender de los logros culturales que han alcanzado otras sociedades.

Estas capacidades institucionales necesitan además de claridad de las políticas y voluntad política del más alto nivel para ponerlas en marcha, una entropía interna que sume y no que divida (por ejemplo entre las Cancillerías, los Ministerios de Cultura, la institucionalidad cultural de las regiones o de las ciudades, otros Ministerios como los encargados del turismo o del comercio exterior), la consolidación de instancias de gestión cultural internacional en los Ministerios de Relaciones Exteriores y de Cultura, que permitan la articulación de la política exterior de los países con la política cultural internacional y equipos de profesionales que sepan interpretar tanto las necesidades institucionales como las oportunidades externas que tienen dinanismos propios y una participación muy activa de instituciones culturales privadas, centros culturales, universidades, grupos de creadores y fundaciones culturales.

En la gestión cultural se contemplan desde los eventos de representación cultural, los procesos de cooperación internacional, el intercambio de recursos técnicos, hasta la participación en organismos internacionales de cultura o en organismos de otra índole en donde se deciden asuntos culturales, los acuerdos binacionales de cultura, el manejo de la incidencia de la cultura en los tratados de libre comercio y la interacción creativa con las múltiples redes formales e informales y en las experiencias internacionales de cultura que pasan por otros lugares diferentes a los estatales.

La política, gestión y diplomacia cultural, empieza a componerse de una diversidad, cada vez más amplia de comprensiones y prácticas culturales, que a su vez obedecen a los descentramientos que vive la cultura. En efecto, la diplomacia cultural vuelve sus ojos hacia los procesos de memoria, las repercusiones culturales de los centros urbanos, las relaciones entre nuevas tecnologías y creación, las subculturas juveniles y los cambios de los consumos y las apropiaciones de lo simbólico. Ya no son solamente las artes las que permiten diálogos comprensibles en el contexto internacional, sino también todas estas manifestaciones de la cultura que además conectan con problemas sociales que viven las sociedades actuales. Marta Porto señala la necesidad de conocer cuáles son las experiencias culturales que están generando maneras diferenciadas de encontrar solidaridades, "pequeñas dislocaciones de la realidad", que producen otros diálogos necesarios y fructíferos entre las sociedades, que no pasan por las conversaciones entre grandes estructuras institucionales.

Estamos entonces frente a una diplomacia cultural nueva que reconoce los múltiples actores y lugares de creación y circulación de la cultura, que trata de no quedarse en lo coyuntural y en el simple evento para generar continuidades y afirmar procesos. En interesante sin embargo, no restarle importancia a los eventos, pero interpretarlos de otro modo.

Como lo señala, por ejemplo, el Ministerio de Cultura de Colombia, “los eventos internacionales se han convertido en escenarios privilegiados para desarrollar conceptos y programaciones que reflejan la riqueza y la diversidad de las regiones, etnias y expresiones culturales que definen la identidad de los colombianos. Así mismo, son una ocasión para construir puentes de entendimiento de la realidad del país desde la cultura. Adicionalmente les ha permitido a los actores del sector confrontarse en escenarios internacionales, generar intercambios y consolidar sus procesos creativos en contextos que exigen altos estándares de calidad” (Memorias Ministra de Cultura de Colombia, 2010).

La continuidad es una dimensión destacada de la diplomacia cultural. Sometida muchas veces a la fragmentación de las decisiones coyunturales y no a la constancia y la persistencia de las políticas de Estado, la diplomacia cultural más que un problema de exhibición, es decir, de difusión, es una oportunidad de interacción con otras sociedades y otras culturas, construye una amplia red de socios, reconoce la importancia de la información cultural y las nuevas tecnologías y establece conexiones imaginativas, simétricas y responsables con la cooperación cultural internacional. Hay una creciente integración de la cultura con las estrategias de cooperación para el desarrollo, que le confiere una visión nueva a la diplomacia cultural, puesto que se transforma en un instrumento para fortalecer esta integración e ir mucho más allá de la asociación entre cultura e imagen y subrayar las conexiones entre cultura y cohesión social, superación de la pobreza y gobernabilidad democrática. De esta manera, la cultura deja de ser un factor o una variable del desarrollo, para ocupar su sentido de dimensión del desarrollo. Como se ha explicado, la cultura también aporta a la economía, la generación de empleo y la competitividad. Por eso, cada vez más, la diplomacia cultural entiende el potencial real que tienen los países como productores de bienes culturales transables; por ello genera estrategias para hacerlo conocer, para promover su participación en rondas de negocios y ampliar efectivamente sus mercados culturales internacionales.

Como afirmaba Alfons Martinell en el Seminario “Políticas, gestión y diplomacia cultural” (Madrid, 2010), hay una complementariedad entre la proyección exterior de la cultura nacional con la cooperación cultural al servicio de los principios y valores de la comunidad internacional y las acciones compartidas por medio de flujos culturales bidireccionales que permiten una mayor comprensión del otro y de las relaciones culturales entre sociedades civiles. La participación en las redes de producción y circulación de conocimiento es fundamental, así como la diversificación de las interacciones internacionales con más socios binacionales y multilaterales en materia cultural.

La diplomacia cultural se dibuja a través del diálogo entre la política cultural internacional de los países y las otras políticas culturales de las que se nutre, como una política de servicio público que contribuye a la mediación desde los Estados de la enorme riqueza cultural que generan las sociedades a través de sus creadores, instituciones y organizaciones culturales.

La diplomacia cultural y los problemas del desarrollo

No han sido fáciles las relaciones entre cultura y desarrollo. Basta recorrer el espinoso camino de su representación en algunos documentos de organismos internacionales, para percibir las vicisitudes de una asociación complicada por las incomprendiones y las distorsiones. Hacia la mitad del siglo pasado, la cultura se llegó a ver como un bloqueo al desarrollo. Las diferencias y las particularidades culturales parecían atravesarse en el camino de la modernización, del acercamiento de los países de la periferia a los modelos centrales y de las idealizaciones que en ese momento se tenían del progreso. Era explicable que ante una idea del desarrollo afianzada en unos parámetros generales que se debían alcanzar a través del crecimiento económico, los procesos y manifestaciones de la cultura fueran vistos como peligrosamente idiosincrásicos. Los rituales y los modos de vida, las jerarquías axiológicas y las formas de relación en las sociedades que en ese entonces se calificaban como "subdesarrolladas", se consideraban fuertemente tradicionales y férreamente opuestas a las innovaciones y los cambios. Tímidamente, la cultura se fue aceptando como un factor o como una variable de los procesos de desarrollo, no sólo por la evolución conceptual del tema, sino, sobre todo, por los problemas que los gestores públicos y privados del desarrollo empezaron a encontrar en el terreno práctico. Tanto el pensamiento social como las propias realidades, desplazaron su mirada hacia la necesidad de subrayar la participación de las comunidades, las políticas de inclusión, los contextos locales y los procesos de apropiación social. El desarrollo ya no podría ser un asunto vertical y ejecutado desde arriba, sino producto de negociaciones sociales llevadas a cabo desde las comunidades, desde lo que Arturo Escobar llama, "las modernidades alternativas". Los grupos humanos ya no eran objetos, sino sujetos, actores del desarrollo, una idea que ya forma parte del diccionario de los lugares comunes, pero que para entonces era extraña e incomprensible.

Sólo hasta hace unas décadas, los vínculos entre cultura y desarrollo se estrecharon aún más, hasta llegar a entender que entre las dos realidades humanas había unas interacciones imprescindibles. En el informe de Desarrollo Humano de Chile del 2002, se dice que “la cultura es pues la práctica y el imaginario de la vida en común”⁵, en una definición que trasciende amplia y positivamente las visiones que la habían replegado a las bellas artes, el folclore o las humanidades y abriéndola también al “conjunto de las otras expresiones mediante las cuales una sociedad moldea y reflexiona su convivencia”.

Unos años más tarde, en el informe de Desarrollo Humano del PNUD (2004) “La libertad cultural en el mundo diverso de hoy”, se lee que “La libertad cultural constituye una parte fundamental del desarrollo humano puesto que, para vivir una vida plena, es importante poder elegir la identidad propia –lo que uno es- sin perder el respeto por los demás o verse excluido de otras alternativas”⁶. Durante varias páginas, el informe se dedica a demostrar la falsedad de algunos mitos que presiden, como un tabú, algunas de las comprensiones, o mejor de las incomprensiones, sobre las relaciones entre cultura y desarrollo: “Las políticas que reconocen las identidades culturales y favorecen la identidad no originan fragmentación, conflictos, prácticas autoritarias ni reducen el ritmo del desarrollo”⁷.

No existe una disyuntiva entre el reconocimiento de la diversidad y la unificación del estado, tal como muestran las sociedades que se han esforzado por acoger diversas culturas, respetando su identidad y la confianza en las instituciones del Estado. Pero además, tampoco hay una disyuntiva entre respetar la diversidad y mantener la paz, o entre promover la diversidad cultural y otras prioridades del desarrollo.

Los rumbos de la cooperación cultural para el desarrollo y la diplomacia cultural

Los debates conceptuales que en estos años han rodeado a las relaciones entre cultura y desarrollo, se ven reflejados en la caracterización de la cooperación cultural, que a su vez está cambiando su perfil, como se percibe en la Declaración de la reunión sobre la eficacia de la ayuda para el desarrollo, celebrada en París, del 28 de febrero al 2 de marzo de 2005 y en la que se insiste en conceptos como la apropiación, la alineación, la armonización y la mutua responsabilidad de la cooperación.

⁵ “Nosotros los chilenos: un desafío cultural”, Santiago de Chile, PNUD, 2002.

⁶ Informe de Desarrollo Humano, 2004, PNUD, página 1.

⁷ Informe de Desarrollo Humano, 2004, PNUD, página 2.

En cuanto a la eficacia de la ayuda para el desarrollo, hay que reforzar la creación, ejecución y evaluación de **políticas públicas de cultura**, que tengan peso dentro de las estrategias nacionales de desarrollo de los países socios. Es decir, hay que alinear desarrollo y cultura. Es cierto que en los últimos años se ha hecho un esfuerzo, cada vez más consistente, por construir políticas culturales y por observar los efectos que estas tienen en materia de resultados e impactos. Sin embargo, aún esas políticas no contemplan de forma más precisa, las relaciones de la cultura con el desarrollo, abrumadas por otros temas como el patrimonio, los fondos de becas y subsidios, la promoción de las artes o los procesos de descentralización. Las políticas públicas de cultura y desarrollo suelen ser políticas intersectoriales que obviamente no se agotan en los Ministerios y Consejos de Cultura, sino que tienen que ver con la institucionalidad cultural, las instancias encargadas de las comunicaciones, la salud y por supuesto, la economía.

El fortalecimiento de la institucionalidad cultural de los países es un prerrequisito para acertar en las estrategias de cultura y desarrollo apoyadas por la cooperación.

Es preciso reforzar la **mutua responsabilidad**, de donantes y socios, en la cooperación cultural. En los donantes, a los que llama Lins Ribeiro, "outsiders", es preciso encontrar simetrías, o lo que el mismo autor denomina, "abordaje de abajo-para-arriba", donde las apropiaciones de los proyectos las hacen los actores locales. "Solamente cambiando las características de la distribución de poder dentro de ese campo es que la cooperación técnica y el desarrollo de hecho cambiarán....En consecuencia las redes precisan ser composiciones democráticas de instituciones y actores con la capacidad real de decidir e intervenir, principalmente si el resultado de estos procesos de toma de decisiones no agrada a los intereses más poderosos involucrados en un proyecto específico"⁸. También es necesario que los países socios avancen en algunos procesos que son claves, como la mencionada definición de políticas culturales participativas, la sistematización adecuada y eficiente de la información cultural, el seguimiento de los programas, la búsqueda de equidad cultural (más allá del acceso), la evaluación de los resultados logrados, entre otras cuestiones.

⁸ LINS RIBEIRO, Gustavo, "Poder, redes e ideologías", Serie Antropología, Brasilia, 2006, página 14.

Sería completamente incoherente pensar en estrategias de cooperación sobre cultura y desarrollo que no tengan en cuenta la **participación activa de los diferentes actores culturales**. “Esferas públicas de discusión y decisión de la cuestión del desarrollo deberían ser promovidas y multiplicadas, tornándolas más inclusivas. La difusión de una pedagogía democrática debería atravesar todo el campo del desarrollo y sus redes, desde administradores y funcionarios estatales de alto nivel hasta líderes de base. El proceso asociativo típico del campo del desarrollo debería ser abierto a los participantes para igualar el poder de actores operando en todos los niveles de la integración”⁹. En América Latina, hay precedentes muy interesantes de consulta cultural como los cabildos culturales de Chile, la participación ciudadana en la construcción del Plan Decenal de Cultura en Colombia o del Plan de cultura de El Salvador. La cooperación cultural se afianza en la **apropiación social** de la cultura en el desarrollo.

La eliminación de la duplicación de esfuerzos y la racionalización de las actividades de los donantes en el campo cultural, es otro elemento importante de la cooperación. Con relativa frecuencia se encuentran proyectos muy semejantes, auspiciados por entidades nacionales u organismos internacionales, que repiten actividades o desconocen avances acumulados. La **armonización de los proyectos culturales** de los donantes es una tarea que redundará en una cooperación mucho más eficiente.

La revisión del camino transitado es aún más necesaria en estos campos nuevos de la cooperación, cuya legitimidad solo se logrará con revisiones periódicas del progreso, constatado en la puesta en marcha de las acciones culturales para el desarrollo. Trabajar en la elaboración y aplicación de **indicadores de gestión, de resultados y de impacto** de los proyectos es fundamental.

De esta manera la cooperación cultural entra a formar parte de la diplomacia cultural, aunque como se ha observado en este texto, no se agota en ella. Se trata de la conjunción de dos campos y dos visiones que se transforman: el campo de la diplomacia cultural y el de la cooperación, que están buscando una mayor coherencia con un mundo que cambia y con exigencias diferentes de la escena internacional.

⁹ LINS RIBEIRO, Gustavo, artículo citado, página 14.

LA DIPLOMACIA CULTURAL Y SUS COMPRESIONES.

La Diplomacia cultural se entiende como el papel que desempeñan los factores culturales en las relaciones internacionales o como "el intercambio de ideas, información, arte y otros aspectos de la cultura entre las naciones y sus pueblos para fomentar el entendimiento mutuo" (Milton Cummings, 2003).¹⁰ En el Encuentro de Ciudad de México, Villanueva afirmó que "frente a otras áreas de la diplomacia como la económica, la política o la militar, la diplomacia cultural tiene una relevancia menor y un corpus de estudios mucho más reducido. Sin embargo, la cultura es un campo de acción cada vez más complejo e interesante. Frente al paradigma del poder y la coerción, acentuado por el realismo, o el de influencia y negociación subrayado por el liberalismo, Villanueva resalta la identidad y la cultura como paradigma de la política exterior contemporánea, que se manifiesta en el constructivismo social y se concreta en su teoría del constructivismo cosmopolita, otra forma de ver tanto a la diplomacia en general como a la diplomacia cultural."¹¹ La política exterior tiene varias opciones: la amistad, la integración y diálogo, la cooperación, la neutralidad, la persuasión y la guerra. Hoy se acentúa con fuerza el significado de la diplomacia cultural como diplomacia de las identidades y las alteridades, como diplomacia de las identidades múltiples en intercambio. Nuestras imágenes y lo que pensamos sobre nosotros mismos, se pone a prueba con las imágenes de los otros. Por eso hablamos de una política interna, y una política exterior o internacional.

El nuevo contexto internacional confirma, por una parte, la opción del cierre de las identidades en los fundamentalismos o por el contrario, la construcción de las identidades en diálogo, contraste y aún conflicto, con los otros diferentes.

Berridge (2003), definió a la Diplomacia Cultural, como la promoción en el exterior de los logros culturales de un Estado, mientras que Arndt (2005) como la proyección deliberada de la cultura y los valores de la nación, como una dimensión indiscutible de la política exterior. César Villanueva, por su parte, dice que la diplomacia cultural es la representación de las identidades culturales en el exterior, con el objetivo de entender y reconciliar diferencias culturales. La estrategia central de la diplomacia cultural para César Villanueva es entonces, "la eliminación de las distancias identitarias que nos separan como sociedades y naciones, para alcanzar un entendimiento, colaboración y relaciones perdurables en el largo plazo".

¹¹ Sus ideas están expuestas más ampliamente en su tesis doctoral, *Representing cultural Diplomacy. Soft Power, Cosmopolitan constructivism and Nation Branding in Mexico and Sweden*, Vaxjo University Press, 2007.

ALGUNAS CONSTATAIONES SOBRE LA DIPLOMACIA CULTURAL EN IBEROAMÉRICA.

Existe una gran cantidad de estructuras para atender a la diplomacia cultural dentro de los países: institucionales, como instancias dentro de los Ministerios de Relaciones Exteriores y los Ministerios de Cultura, pero también acciones de diplomacia cultural de ciudades, centros, grupos de creadores, redes, agencias de cooperación internacional. Las Unidades Institucionales suelen ser de segundo nivel, se organizan temática o geográficamente, tienen diversidad de tamaños, presupuestos, grupos de trabajo, capacidad de convocatoria, etc. Estas constataciones son bastante comunes a las unidades operativas que existen tanto en los Ministerios de Cultura como en las Cancillerías, con excepción de algunos países.

Estas estructuras de funcionamiento tienen entre sus propósitos la difusión de la identidad del país al que intentan hacer conocer a través de sus manifestaciones culturales, la promoción en el exterior de la diversidad cultural propia así como sus diferentes expresiones creativas, afianzar la cooperación cultural internacional y en algunos casos, seleccionar los agregados o consejeros culturales de las representaciones diplomáticas del país en el exterior.

Estos objetivos se enmarcan dentro de enfoques muy específicos del papel de la cultura en las relaciones internacionales, ya sea enfatizando la imagen, los intereses estratégicos, la difusión de las manifestaciones culturales y artísticas, el intercambio de creadores o la búsqueda de cooperación. Mientras en algunos países la oferta cultural es amplia, en otros se realizan actividades de difusión más tradicionales. Se destaca mucho el concepto de promoción cultural y en todos los países analizados existen programas propios, con énfasis cultural, pero también en algunos con intereses educativos y científicos. Los programas se organizan alrededor de las categorías culturales habituales.

Un aspecto fundamental es la integración y articulación de las diferentes acciones de la Diplomacia cultural, dentro de la especificidad de sus objetivos. El espectro de estas articulaciones se está ampliando notablemente. Cada vez es más intensa la que existe entre la política internacional cultural y la política económica, entre la diplomacia cultural y los derechos humanos, los problemas medioambientales y las política de género y juventudes.

Una parte importante de los asuntos culturales se decide en tratados de libre comercio o en organismos económicos internacionales, mientras que bancos y grupos transnacionales han adoptado estrategias culturales dentro de su portafolio de servicios o dentro de sus programas de sostenibilidad o de responsabilidad social empresarial. La articulación entre cultura, política exterior y política cultural internacional es una de las líneas fundamentales de la diplomacia cultural que debe ser consecuente con las grandes líneas de acción de los países definidos por las Cancillerías, sus objetivos estratégicos y prioridades de acción. Es la política exterior de los países la que determina la política cultural internacional que tiene elementos persistentes en el tiempo como también tendencias coyunturales.

Hay entonces, interlocutores estratégicos y nuevas interlocuciones. Entre los primeros pueden estar, además de los gobiernos, los gremios empresariales, la academia y centros de pensamiento; entre los segundos, las organizaciones de la sociedad civil, los gobiernos locales o los centros de experimentación de las artes.

Para que haya diplomacia cultural es fundamental que existan políticas culturales nacionales y que a la vez se construya una política cultural exterior que convoque la acción de diferentes instituciones de la sociedad, dentro del respeto a sus particularidades y diferencias.

Como señala Alfons Martinell, la diplomacia cultural tiene varias estrategias. Una es la promoción cultural exterior, otra la cooperación cultural que busca generar relaciones de confianza y acciones compartidas y finalmente está la acción cultural comprometida con el desarrollo. La diplomacia cultural iberoamericana busca que la cultura contribuya a un mejor entendimiento entre los países de Iberoamérica y el mundo, al diálogo, la tolerancia, el respeto y el mejor conocimiento mutuo, participe creativamente en la opinión pública e intente influenciar en los imaginarios que se tienen sobre nuestras sociedades en el contexto internacional. La diplomacia cultural garantiza la imprescindible presencia de la comunidad cultural y científica en el ámbito internacional. Estas relaciones de lo local con lo internacional deben estar orientadas por la igual de condiciones expresivas y el fortalecimiento de los caracteres más propios de sus procesos creativos.

La movilidad y el intercambio son dos características centrales de la agenda de la diplomacia cultural. La primera procura que artistas, creadores, gestores culturales, puedan mostrar sus productos internacionalmente a través de festivales, exposiciones, congresos y en general eventos de distinta índole como también de pasantías que faciliten su aprendizaje y el conocimiento de otras sociedades y otras culturas. La segunda promueve la interacción y la apertura de unas culturas con otras, la configuración de redes de conocimiento y de gestión y la creación de experiencias de cooperación y de alianza.

RETOS DE LA DIPLOMACIA CULTURAL IBEROAMERICANA

Los cuatro encuentros realizados durante estos años proponen un conjunto de grandes retos para la Diplomacia cultural Iberoamericana. Uno primero es la coherencia que debe existir entre política exterior y política cultural. Lo que significa varias cosas: por una parte, la necesidad de construir políticas públicas para la presencia de la cultura en el escenario de las relaciones internacionales y por otra, encontrar los vínculos entre las grandes definiciones de los países sobre su política exterior y el papel de la cultura en ella. En el primer caso se insistió en que es difícil tener una política cultural internacional si no se ha hecho el ejercicio de diseñar políticas culturales nacionales. Construir una política cultural internacional evita las determinaciones coyunturales, los vaivenes de las decisiones individuales y el desconocimiento de lo que significa la cultura en el actual panorama internacional. Hugo Achúgar insistió en la necesidad de pensar con qué imagen nos representamos en América Latina: de esa manera es fundamental recurrir a los propios imaginarios, para poderlos comunicar adecuadamente en el exterior. En el segundo caso, hay que insistir en que la coherencia entre política exterior y política cultural internacional no significa una dependencia literal ni una renuncia a la propia autonomía, sino una interacción que parte de la claridad estratégica del país internacionalmente. Un segundo reto, es la articulación de los esfuerzos de diplomacia cultural llevados a cabo por los diferentes actores tanto institucionales como estratégicos. Si bien la representación oficial de los países está en manos de los Estados y sus mecanismos diplomáticos, se han subrayado varios asuntos: uno es la necesidad de una articulación dentro de las instancias públicas e institucionales de los Estados, es decir entre los Ministerios de Cultura, Relaciones Exteriores pero también de Comercio, de Educación y Ciencia, entre otros. Otro es el reconocimiento de muchos actores que sin llevar la representación oficial de los Estados, cumplen un papel muy importante dentro de las relaciones internacionales de los países. Las ciudades y los estados regionales, los centros culturales y los centros de pensamiento e investigación, las organizaciones no gubernamentales y las asociaciones gremiales son cada vez sujetos culturales más activos en el escenario internacional. En su "Análisis comparativo y tendencias de las políticas culturales de España, Cataluña y el País Vasco", Ramón Zallo escribe que "La doctrina dominante en los Estados –escribe- es de resistencia a reconocer los ámbitos subestatales como sujetos de relaciones internacionales más allá de la promoción de las empresas propias y de la cooperación al desarrollo. En cambio estos buscan visibilidad simbólica, presencia política, ampliación de relaciones, oportunidades económicas, reconocimiento de la identidad cultural y política en el ámbito internacional y ejecución de políticas internas en los ámbitos externos".¹²

¹² Ramón Zallo, *Análisis comparativo y tendencias de las políticas culturales de España, Cataluña y el País Vasco*, Madrid: Fundación Alternativas, 2011, página 117.

Daniel Villanueva, por su parte, señala que entre las estrategias de Diplomacia cultural que destacan sus entrevistados están la cooperación científica y educativa, las ferias, festivales, pabellones y las grandes exposiciones.

Un tercer reto, es la ampliación y profundización de las comprensiones de la cultura y sus significados internacionales. Una cierta comprensión predominante de la diplomacia cultural, aún está dominada por la asociación de la cultura a las artes, las humanidades y lo patrimonial, acompañados por las ideas prácticas de exhibición, imagen positiva e identidad nacional. Pero la comprensión de la cultura se ha tornado más compleja al extenderse a temas como la ciudadanía cultural, sus relaciones con la economía y el desarrollo, los derechos culturales, la intersectorialidad y sus relaciones con la comunicación y las tecnologías. De esta manera se enriquece el concepto de la diplomacia cultural y cambian sus estrategias.

Un cuarto reto es el fortalecimiento, modernización y mejoramiento de la financiación de las estructuras institucionales de la Diplomacia cultural. Los presupuestos que son reducidos y contingentes (expuestos a los cambios de la política económica) son casi inexistentes en algunos países. Se observa un enorme desequilibrio en este sentido, que incluso lleva a propuestas sugerentes como las que se lanzaron en la reunión de Ciudad de México sobre posibles agrupamientos de países para atender centros culturales en algunos países claves, o el esfuerzo compartido que está haciendo Centroamérica a través de la Política Cultural de Integración Centroamericana, 2012-2015, del CECC-SICA.

Un quinto reto es la importancia de la información, para la diplomacia cultural de los países como entre ellos (experiencias exitosas). La cultura empieza a desarrollar procesos de construcción de información depurada y de calidad, a través de sistemas nacionales de información cultural, de información cultural recogida a partir de los institutos u oficinas de estadísticas nacionales, de empresas privadas o de sectores específicos. Sin embargo, los grandes instrumentos de información cultural no son siempre homologables y por tanto, su fuerza comparativa es poca. Se deberán hacer esfuerzos para desarrollar adecuadamente información sobre diplomacia cultural, tanto de los países como de la región.

Un sexto reto, es promover procesos de formación de las personas e instituciones que intervienen en el diseño y desarrollo de la acción cultural en el exterior, ya sean entidades del Estado, como del sector privado y de las organizaciones sociales. Según Daniel Villanueva, en las competencias que se esperan de los diplomáticos culturales, se resaltan la creación de redes, la administración y planeación estratégica y la capacidad de liderazgo y emprendimiento.

Un séptimo reto, es avanzar en el enriquecimiento del concepto de lo que es la diplomacia cultural iberoamericana y estimular las líneas de investigación sobre la diplomacia cultural de los países, para lo que se puede acudir a los centros universitarios interesados en las relaciones internacionales y en el estudio de la cultura. Trabajos como los de Villanueva en México son un gran aporte.

Promover la diplomacia cultural como una inversión a mediano y largo plazo y no simplemente como gasto, es un octavo reto. Es fundamental que los países racionalicen esta inversión, estableciendo políticas y programas consistentes con su política exterior, evaluables y coordinados con las otras agencias del estado. Apoyar los procesos de planeación serios y sistemáticos de la promoción de los países en el exterior es entonces, una tarea inaplazable. La diplomacia cultural no puede obedecer a las coyunturas o a los intereses individuales, sino a propósitos colectivos de las sociedades. Se ha pedido en los encuentros, encargar a la SEGIB y a la OEI, el apoyo en el intercambio de información de importancia para los países en materia de diplomacia cultural.

Finalmente es un reto el repensar el papel de la cultura en los convenios bilaterales y las comisiones mixtas, buscando focalizar y concretar las acciones culturales para darles adecuado cumplimiento y fortalecer el sistema de la cooperación iberoamericana como expresión de la diplomacia cultural, con una activa participación de todos los países.

HACIA UNA AGENDA PARA LA DIPLOMACIA CULTURAL EN IBEROAMÉRICA.

Articulación de políticas

Es necesario promover y fortalecer la articulación de la diplomacia cultural con la política exterior de los países, ya sea que se oriente por intereses temáticos y (o) por acciones en áreas geográficas particulares y confrontar las reducciones que los estereotipos generan en la imagen de los países en el escenario internacional, ya que muchas veces ocultan su diversidad.

Información

Uno de los esfuerzos necesarios en la actividad cultural es la construcción de información rigurosa sobre sus diversas manifestaciones. Es preciso mantener y actualizar la iniciativa, en la que ya se ha avanzado, de conocer la situación de la diplomacia cultural en la región y promover el intercambio de experiencias exitosas de los países iberoamericanos. Ya existe una matriz de descripción de las áreas de cultura de las Cancillerías que se utilizó en el encuentro de los países andinos, México y Chile en el 2007, que se puede mejorar; el seguimiento de las instancias internacionales de los Ministerios de Cultura es una tarea por hacer. La SEGIB y a la OEI pueden dar el apoyo necesario para el intercambio de información de importancia para los países en materia de diplomacia cultural.

Se sugiere utilizar los diversos instrumentos que existen para una mejor labor informativa de la diplomacia cultural, como son los medios de comunicación impresos, la televisión o la radio. Reconocer la importancia creciente de internet, las redes sociales y los grupos asociativos, para la información cultural. Es fundamental valorar el significado que tienen los ciudadanos y ciudadanas iberoamericanos en el exterior, como un público muy importante de la información y la acción cultural exterior de nuestros países.

Formación

Un tema recurrente fue el de la necesidad de formación de los diversos agentes de la diplomacia cultural iberoamericana, ya sean entidades del Estado, como del sector privado y de las organizaciones sociales. Para ello se sugiere actualizar la formación del campo de la diplomacia cultural que cambia y se enriquece constantemente y buscar que la política cultural exterior sea conocida por todos los diplomáticos y funcionarios de los Ministerios de Relaciones Exteriores de los países. Por ello es clave impactar la formación cultural en la educación que imparten las academias diplomáticas de los países a todos sus funcionarios y estimular programas de excelencia en diplomacia cultural. Es necesario redefinir el nuevo rol de los agregados culturales de cara a las transformaciones que ha vivido la cultura y la diplomacia cultural en años recientes, así como estudiar otras formas de intervención innovadoras y realistas, que sean acordes con las prioridades y las posibilidades de la política exterior de los países iberoamericanos.

Investigación

Es preciso avanzar en el enriquecimiento del concepto de lo que es la diplomacia cultural iberoamericana, estimular líneas de investigación sobre la diplomacia cultural de los países, para lo que se puede acudir a los centros universitarios interesados en las relaciones internacionales y en el estudio de la cultura, y promover el conocimiento de las políticas culturales internacionales de los países iberoamericanos. En las sociedades contemporáneas son fundamentales las nuevas plataformas digitales, que permiten afianzar las relaciones y el intercambio, la circulación de contenidos, la expresión de nuevos actores, la experimentación con nuevos lenguajes o la creatividad social.

Financiación

Ya se ha constatado que un reto es la mejor financiación de las tareas de la diplomacia cultural y el mejor uso de estos recursos. Para ello es necesario fortalecer el reconocimiento público de la importancia de la diplomacia cultural, así como la eficiencia real de sus acciones en el exterior, como argumentos para tratar de resolver paulatinamente los problemas de su financiación. Promover la diplomacia cultural como una inversión a mediano y largo plazo y no simplemente como gasto, requiere definir claramente la política cultural exterior de los países, realizar una planeación rigurosa de la acción cultural en el exterior y lograr una gestión responsable y juiciosa de ella con la presencia de diferentes actores de la sociedad.

Fortalecimiento institucional

Con algunas evidentes excepciones, las unidades culturales de los Ministerios de Relaciones Exteriores y las de relaciones internacionales en los Ministerios de Cultura aún son débiles. Por eso es preciso buscar su fortalecimiento institucional y su reconocimiento en el conjunto de la política exterior de los países, además de promover la adecuada articulación de las áreas de cultura de los Ministerios de Relaciones Exteriores con los Ministerios de Cultura y otras instituciones públicas y privadas de los países, conforme a su propia institucionalidad.

Construir y actualizar la política cultural exterior y promocionar ámbitos para intercambiar experiencias, conocer los avances en la investigación sobre cultura, analizar los ejemplos de buenas prácticas y encontrar espacios de formación, son todos asuntos de la agenda de la diplomacia cultural en Iberoamérica. Si hay políticas culturales nacionales ricas y diversas e instituciones culturales consolidadas, se tendrá una diplomacia cultural fortalecida.

Cooperación

Es urgente fortalecer el sistema de la cooperación iberoamericana como expresión de la diplomacia cultural, con una activa participación de todos los países. Se considera muy importante el diálogo entre las diferentes agencias de cooperación de la región, que son interlocutoras muy necesarias para el desarrollo de una mejor Diplomacia Cultural. En los diversos encuentros se ha refrendado el compromiso con el sistema iberoamericano de cooperación cultural, a través de los programas cumbre: Iberescena, Ibermedia, Ibermuseos, Iberbibliotecas, Iberarchivos ADAI, RAI, Ibermúsicas, Iberorquestas juveniles y a través de la Televisión Educativa y Cultural Iberoamericana.

Incorporar la agenda de diplomacia cultural en el Programa de Cooperación Sur-Sur que busca promover las buenas prácticas del espacio cultural iberoamericano.

Fortalecer los mecanismos para la recuperación de bienes culturales y protección del patrimonio.

Fomentar la cooperación en temas como el desarrollo de la creación y circulación de las industrias culturales y las nuevas tecnologías en Iberoamérica.

Procurar relaciones con EUNIC como una posibilidad de fortalecimiento de la diplomacia cultural en la región.

Estrechar las relaciones de coordinación con los organismos multilaterales a los que están vinculados los países de la región en aras del fortalecimiento de la diplomacia cultural.

Movilidad de artistas y creadores culturales.

Una tarea pendiente es la de encontrar mecanismos propios y conjuntos para estimular la movilidad de artistas, creadores y bienes culturales en el escenario regional, iberoamericano e internacional y dar prioridad a la creación y desarrollo de los fondos de movilidad artística y de herramientas como los programas de residencias artísticas para el afianzamiento de la diplomacia cultural iberoamericana.

En el Encuentro de Ciudad de México (2012) se recomendó promover un mecanismo de coordinación y seguimiento para construir, de manera compartida, los posibles puntos de una agenda iberoamericana, con el fin de fortalecer la Diplomacia Cultural de la región.